

A veces prosa

Surgimiento y caída del Imperio Mexicano

Presentación y traducción de Adolfo Castañón

Pocos saben que el autor de la frase: “El poder corrompe; el poder absoluto corrompe absolutamente” es el historiador y pensador político Lord Acton (1834-1902). John Emerich Edward Dalberg Acton fue una de las figuras más sobresalientes del paisaje intelectual y de la vida pública de la Inglaterra gobernada por la reina Victoria. Cambridge se rehusó a admitirlo como estudiante a causa de su religión católica. Acton se educó en Alemania bajo la tutela del gran historiador y teólogo Ignaz von Döllinger (1799-1890) de quien aprendió los cimientos del método histórico y en cuyas enseñanzas históricas, filosóficas y humanas abrevó el resuelto y austero liberalismo que llegó a ser su rasgo distintivo. Su amistad con el primer ministro, William Gladstone (1809-1898), lo llevó a ejercer un profundo ascendiente en la vida política de su país y aun de la época. Su poderosa y activa personalidad, su infatigable actividad editorial y periodística (en la revista católica *The Rambler*, en *The Home and Foreign Review*, en *The Chronicle* y en *The North British Review*), sus artículos, reseñas e intervenciones oportunas y puntuales lo llevaron a jugar un papel de primer orden en el movimiento católico liberal británico y aun europeo. Durante toda su vida trabajó por liberalizar el catolicismo y ponerlo en consonancia con el mundo moderno. En 1869, siguiendo a su maestro Von Döllinger, entabló una vigorosa oposición en contra de la promulgación del dogma de la infalibilidad papal. Luego de varios meses fue derrotado y estuvo a punto de ser excomulgado —como Von Döllinger sí lo fue— y de arruinar definitivamente su salud. Hijo de la tradición católica y romana, Acton en el orden de la política fue un liberal convencido: “... inicié mi vida, decía, como sincero católico-li-

beral; en consecuencia, renuncié a lo que en el catolicismo no era compatible con la libertad, y en la política a lo que era incompatible con el catolicismo”. En el ámbito estrictamente universitario y académico, a través de su cátedra como *Regius Professor* de Historia Moderna en Cambridge de 1895 a 1902, Acton fue muy importante en la transformación de la idea y de la escritura de la historia y de la historiografía en Gran Bretaña. Gracias a su severa tenacidad, la historia evolucionó hasta transformarse en una disciplina rigurosa y científica, inspirada en el modelo de la investigación filológica alemana, sin perder, al menos en su caso, su calidad filosófica, literaria y aun poética. Contribuyó con su acción y sus investigaciones a la fundación de la *English Historical Review*, en cuyo primer número publicaría un amplio y pormenorizado artículo sobre los historiadores modernos alemanes.

Aunque Acton siempre vivió preocupado por alcanzar una cabal y plena objetividad en la investigación de la verdad histórica, nunca dejó de hacerse cargo de la necesidad del juicio moral en la historia y de la imprescindible dimensión ética que suponen las preguntas en torno a su significado. El concepto de la libertad humana tenía que ser, por ende, medular en su geometría intelectual. A los ojos de Acton, la idea de libertad es la única posible en la historia del mundo y el único principio rector de una filosofía de la historia. Este concepto lo lleva a ser uno de los herederos más solventes de la tradición del liberalismo clásico, entronizándolo como un pensador de alto relieve en el paisaje intelectual de su época y de la nuestra. Su análisis de la Revolución francesa y su evolución resultó premonitorio; fue un crítico del nacionalismo y

de la legitimación de las masacres por el Estado. Sus penetrantes análisis de las fuerzas que alimentan y amenazan la libertad política e individual de las sociedades e individuos, su desconfianza y resistencia ante el poder del Estado tienen mucho que decir al lector y al ciudadano de nuestra crispada edad. Lord Acton se interesó, desde luego, en la historia de Europa y en esa otra historia paralela que es la de Europa raptada en América. Viajó a los Estados Unidos en 1855, y en 1856 asistió a la coronación de Alejandro II de Rusia. En 1857 visita Italia en compañía de su amigo y maestro Von Döllinger. De hecho, escribió extensamente sobre la Guerra de Secesión o guerra civil que sacudió a los Estados Unidos de América a mediados del siglo antepasado (como muestran sus ensayos “The Civil War in America: Its Place in History” y “Reports on the Civil War in America”).¹ Sus opiniones pesaron tanto sobre el primer ministro Gladstone, que en buena medida gracias a ellas, Inglaterra tomó partido a favor de los confederados del Sur. La escritura de estos ensayos revela al historiador como observador atento al menor detalle, al agente capaz de armar un paisaje inteligible con piezas sueltas y en movimiento. Estas mismas virtudes se transparentan en su breve y muy celebrado ensayo sobre “El surgimiento y caída del Imperio Mexicano” de Maximiliano. Pronunciado el 10 de marzo de 1868 ante los miembros de la institución literaria y científica de Bridgewater, Inglaterra, a once meses de verificados los hechos, el ensayo concentra, explaya y ordena en pocas páginas un cúmulo poco habitual de

¹ En Lord Acton, *Selected Writings*, volume I, *Essays in the History of Liberty*, Liberty Fund, Indianapolis, 1985.

información, pero sobre todo ofrece una visión nítida y clara, a la vez veraz y humana de los hechos conocidos como Intervención Francesa y Segundo Imperio. La visión que Lord Acton da de Benito Juárez no sólo es exacta sino que será la imagen que la historia retendrá del gran estadista mexicano.

Por un momento, el que dura la lectura de esta pieza impecable, los actores y paisajes vuelven a cobrar vida y recobran un sentido por así decir trascendente gracias a la mirada penetrante y acuciosa del historiador. Leer a Lord Acton no sólo es un buen ejercicio intelectual, es, además y ante todo, un placer para la inteligencia y la memoria. Es fama que Acton fue uno de los hombres más cultos de su época. Leía y escribía con la misma facilidad en inglés, alemán, francés, español e italiano.

En México, la lectura de Lord Acton ha quedado reducida a círculos no por eminentes excesivamente limitados. En 1996, el benévolo y sagaz Natán Warman hizo circular una traducción suya del volumen I de las *Conferencias sobre la Revolución Francesa*. Esta traducción tomaba como punto de partida la edición que J.N. Figgis y R.V. Laurence prepararon para MacMillan de Londres en 1910. En España sus *Ensayos sobre la libertad y el poder* fueron traducidos por Enrique Tierno Galván y presentados por Gertrude Himmelfarb para el Instituto de Estudios Políticos de Madrid en 1959. Cuatro décadas más tarde, en 1999, el mismo Centro de Estudios Políticos y Constitucionales de Madrid publicó una selección titulada *Ensayos sobre la libertad, el poder y la religión*, en traducción de Beatriz Álvarez Tardío y con un estudio preliminar, edición y notas de Manuel Álvarez Tardío. La presente traducción puede ser leída también como una invitación abierta para todos los interesados en las cuestiones que asocian el mundo de la ética y el conocimiento de la política y de la historia.

En vida Lord Acton no publicó ningún libro, pero la gran *Cambridge Modern History* en doce volúmenes fue una idea suya y existe como un monumento a su memoria, aunque sólo alcanzó a ver terminado el primero y la mitad del segundo. Dejó una biblioteca de setenta mil volúmenes que, junto con las notas de investigación que tomó a lo largo de toda una vida consagrada

al estudio de la historia, pasaron a formar parte de la biblioteca de la Universidad de Cambridge. Como datos curiosos, habría que apuntar que, al igual que Maximiliano de Habsburgo, Lord Acton moriría un 19 de junio pero de 1902 y que su hijo nacido en 1870 se llamó Ricardo Maximiliano.

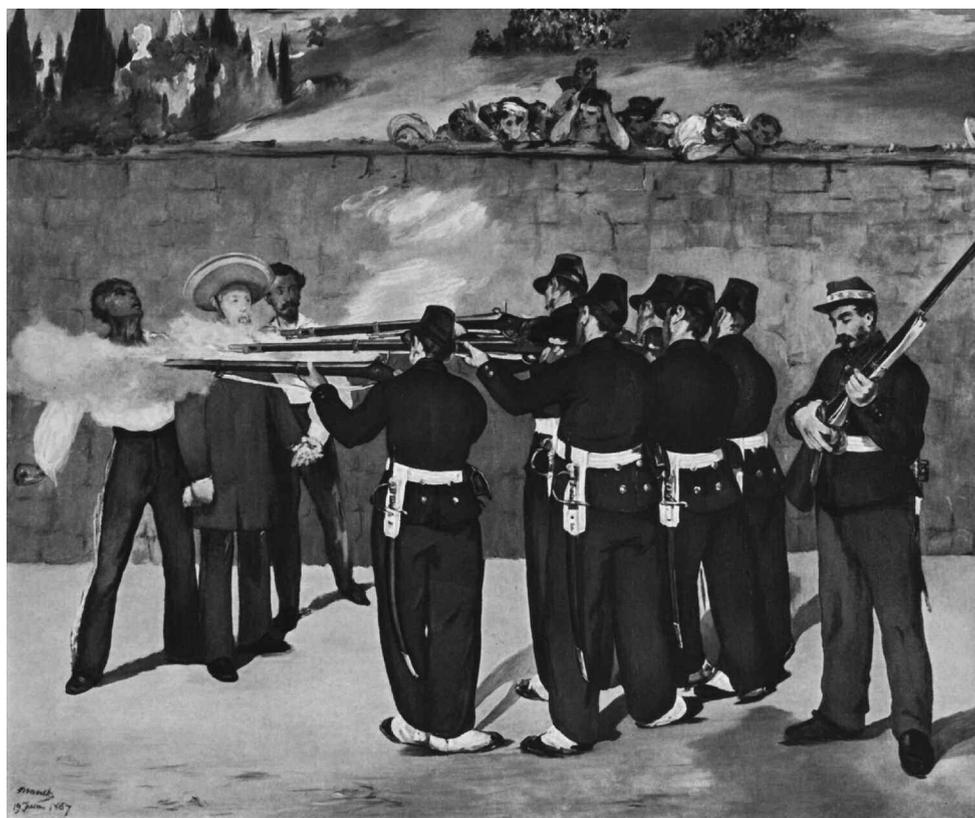
Una selección de sus escritos, conferencias, artículos y ensayos, se puede encontrar en los tres volúmenes publicados por Liberty Press bajo el cuidado editorial de J. Rufus Fears. Una selección de las obras de Lord Acton ha sido publicada por Liberty Fund de Indianápolis, en los Estados Unidos de Norteamérica (1985), bajo el cuidado editorial del mencionado estudioso J. Rufus Fears. El ensayo sobre el imperio de México se encuentra en el tomo II de esta edición que lleva por título *Essays in the Study of Writing History*.

SURGIMIENTO Y CAÍDA DEL IMPERIO MEXICANO
(Fragmento)

Lord Acton

Juárez sólo poseía una autoridad precaria sobre el ejército; y el ejército, enardecido por la lucha, estaba sediento de vengar a sus camaradas que habían sido ejecutados como asesinos. Podemos imaginar cuáles

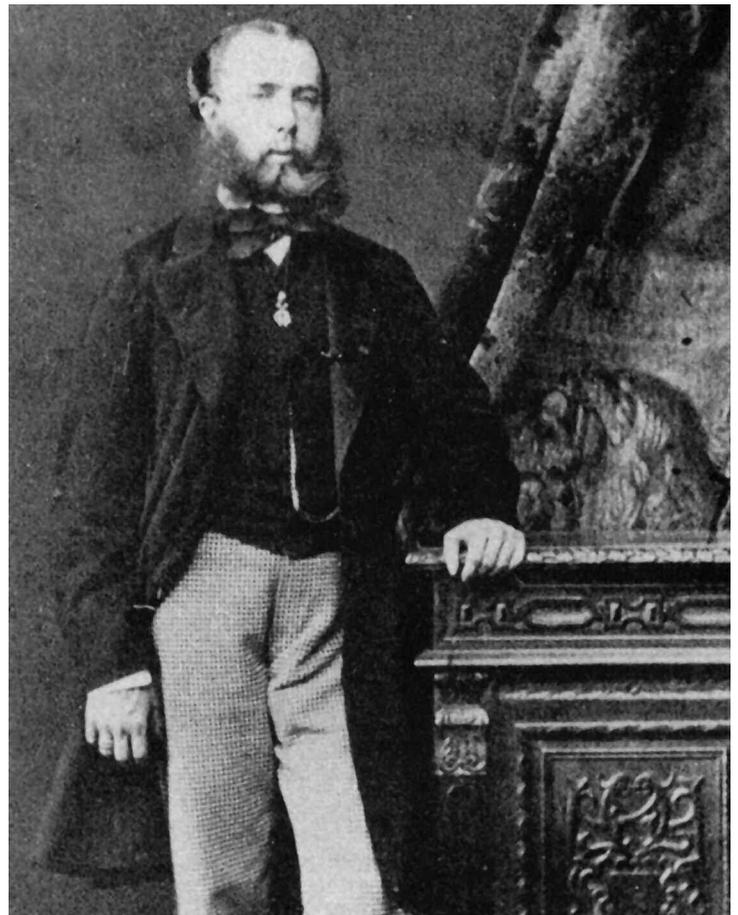
eran sus sentimientos hacia el extranjero cuyo título había sido un voto extraído por las bayonetas de los invasores, el que había ordenado que sus paisanos y que ellos mismos fueran sacrificados y que ahora estaba convicto por haber sido un estafador y un usurpador, abanderado del partido más débil. Es probable que el autor real de la ejecución del Emperador haya sido Escobedo, y que Juárez haya sido impotente para salvarlo. Cuando llegó a San Luis la noticia de que moriría en tres horas, el embajador de Prusia pidió una breve demora. Sabía que Maximiliano tenía asuntos pendientes que arreglar antes de morir, y había cierta esperanza de que alguna intercesión extranjera llegara a tiempo para salvar su vida. Pero el gobierno norteamericano, a petición del Emperador de Austria, ya había intercedido por su hermano, y lo había hecho en vano. Se concedió una demora de tres días, pero la orden no llegó a Querétaro sino en el último momento, cuando los prisioneros ya estaban listos para la muerte inmediata. Es cierto que, por lo que tocaba a sí mismo, Maximiliano no tenía ninguna esperanza y estaba perfectamente resignado. Un rumor de que su mujer había muerto lo hizo enfrentar con alegría su último destino. En la víspera de su ejecución telegrafió a Juárez pidiéndole ser la única víctima.



Edouard Manet, *Ejecución del Emperador Maximiliano de México*, 1868



Carlota Amalia



Maximiliano de Habsburgo

A las seis de la mañana del jueves 19 de junio fue conducido hacia la fatalidad que no había merecido. Su último acto antes de ir hacia el lugar de la ejecución fue escribir la siguiente carta a su implacable conquistador:

Renuncio a mi vida voluntariamente, si el sacrificio puede suscitar el bienestar de mi nuevo país. Pero nada saludable puede crecer de un suelo saturado de sangre, y por eso lo conmino a que la mía sea la última derramada. La fortaleza con que usted ha sostenido la causa que triunfa ahora ganó mi admiración en días más felices, y ruego porque no mengüe en la obra pacífica de conciliación que está por llegar.

Cuando llegaron al lugar indicado, dio dinero a los soldados bajo cuyas manos iba a caer, pidiéndoles que apuntaran al corazón pues deseaba que su madre pudiese ver su rostro de nuevo. El oficial que iba a dar la orden de “fuego” le aseguró que detestaba ese deber, y le rogó que no muriera con una sombra de resentimiento hacia él. Maximiliano se lo agradeció y dijo que debía obedecer las órdenes. Mejía estaba en la mayor

aflicción y abatimiento. Su esposa acababa de darle un hijo, y cuando dejaba la prisión la vio correr a través de las calles gritando enloquecida con el niño en brazos. El Emperador se despidió de él afectuosamente diciendo: “General, lo que no es compensado en la tierra lo será en el cielo”. Estaba de pie entre los dos mexicanos; pero ya sea por humildad, o magnanimidad o bien obedeciendo una memoria sagrada y solemne que se presentó a su mente en el último y horrible momento, se volvió hacia Miramón y le dijo que en estima de su valentía le iba a ceder el sitio de honor. Sus últimas palabras fueron: “Voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Que Dios salve a México!”. Luego cruzó sus manos sobre el pecho y cayó atravesado por nueve balas.

Cayó y se llevó con él en su caída la independencia del pueblo al que había venido a salvar. Desde entonces, nada subsiste que pueda detener el asalto de los Estados Unidos en la anexión de la América Española. Si tienen la prudencia de evitar la guerra con Europa y la suficiente sabiduría para arreglar entre sí sus propias discrepancias,

podrán acaso alcanzar la más gloriosa herencia que la tierra depara. La conquista de la América Española puede ser fácil y segura, pero está sembrada de peligros. Una confederación pierde su verdadero carácter cuando se gobierna sobre dependencias; y una democracia vive una vida amenazada, si admite a millones de seres de una raza extraña e inferior que no puede ser ni asimilada ni absorbida. Es más probable que los norteamericanos logren atar a sus vecinos con tratados que serán capaces de abrir todo el continente a su propio influjo y empresa, sin destruir su existencia autónoma.

La memoria del extranjero de cabellos suaves que consagró su vida al bien de México, y que murió por una culpa que no era la suya, vivirá entre la gente por la cual luchó en vano, en el dolor antes que en la ira. Ya desde ahora podemos pronunciar el veredicto de la historia sobre su triste carrera —su peor crimen fue aceptar el regalo traicionero del imperio, pero su desgracia fue mayor que su falta. Pienso que era con mucho el más noble de su raza, y que cumplió la promesa encerrada en sus palabras: “La fama de mis antepasados no degenerará en mí”. **U**